

UN RECUERDO DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Don Miguel de Unamuno fué siempre una zozobra en carne viva durante nuestra vida de estudiante: los periódicos, las lecturas, los azares, todo nos enfrentaba con él. Era el nombre respetado, temido, casi mítico, el nombre que despertaba afanes e intranquilidades. Ahora, ya pasado mucho tiempo, al cruzarme día a día con su admirable busto, obra de Victorio Macho, en la escalera de la Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca, he recordado muchas veces el agujón de su tarea para la juventud de mi tiempo, y he pensado, también varias veces, en contar las pocas ocasiones en que estuve frente a frente del hombre que más presencia hace todavía en el trasfondo intelectual de los españoles.

Unamuno vivía, como todo el mundo sabe, en Salamanca. Un estudiante madrileño le veía de vez en cuando en el Ateneo, siempre rodeado de múltiples gentes anónimas, o, solo, en el Museo, o al sol las pálidas mañanas del invierno, en el Paseo del Prado. Así le vi yo algunas ocasiones. A cuerpo, solo, las manos a la espalda o acariciándose la pequeña barba. Era Unamuno. Todavía no Don Miguel. Y procurábamos mirarle de reojo, disimuladamente, y volvernos cuando ya había pasado. Unamuno, lejano, intocable mito para el estudiante madrileño de bachiller. Todo lo más, el tormento de la redacción semanal, donde más de una vez bullían *En torno al casticismo*, *La vida de Don Quijote* o la insubordinación tremenda de Augusto Pérez, negándose a morir.

Pero, un día, ese Unamuno distante, espectral casi, me tuvo por único auditorio. Adquirió, redonda y repentinamente, cercanía, bulto, palabra, aliento. Fué en Mérida, en junio, el día del estreno, en el teatro romano, de la *Medea* por él traducida. Asistimos un grupo de estudiantes madrileños. Estábamos acostumbrados a ma-

drugar mucho: el ejemplo de don Elías Tormo, que, al mismo salir el sol, o aún antes, nos enseñó a recorrer iglesias escondidas, a ver las ciudades desde sus mejores puntos y a contemplar el nacimiento de mercados y trajines. Ese día, como de costumbre, madrugué. Y fui a parar al puente romano. Amanecía y don Miguel ya estaba en la barandilla de la entrada, por el lado de la ciudad, donde comienza el pretil, mirando calladamente al agua. Había que pasar por allí o volverse. Avancé, sin embargo. Y fué don Miguel quien, ante mis tímidos buenos días, entabló conversación conmigo. Se informó de quién era yo, qué hacía allí, dónde había dormido, si me había llevado gratis o pagando, que impresión me había producido el teatro... Y terminó cruzando y recruzando conmigo el puente. No puedo recordar ya de qué me habló. Están vivos solamente mi admirado recuerdo agradecido, el aire de su voz, su conversación a saltos, la creciente luz de la amanecida, mi llegar tarde al desayuno del hotel, su gesto bondadoso de despedida en la Plaza Mayor. Una mañana de junio de no recuerdo bien el año (1933?), en Mérida, al borde del Guadiana.

Después, varias excursiones a Salamanca. Ya no importaban tanto los grandes monumentos (catedrales, dominicos, irlandeses, Virgen de Monterrey) como escuchar a Unamuno, entonces en el colmo de la paradoja política. 1934, 1935; don Miguel hablaba y hablaba de todo cuanto salía, infatigable. Y estaba yo bien seguro de mi orientación universitaria, pero, cuando me preguntó qué había escogido yo en la Facultad de Madrid, no supe que contestarle: me pareció íntimamente pobre despacharle con el enunciado de un título, de una artesanía intelectual. Era otra vez Unamuno cara a cara, volcando preguntas y problemas al oído, duros, agrios, aludiendo ya a la guerra civil. De una de estas ocasiones recuerdo sus violentas palabras contra Marcelino Domingo —«una marcelinada», decía del personaje y de su ministerio—y sus ataques a uno de los grandes maestros de la Universidad de Madrid, al que nunca perdonó el desgraciado mal uso de una carta privada, motivo de su destierro. Salamanca, acompañados por Unamuno, tenía otro color, su oro era más limpio y trascendente, devorador del ruralismo torpe de la ciudad.

1934, 1935. Fui viendo a Unamuno y oyéndole varias veces en Madrid, en la residencia de estudiantes. Fueron los años de desdén y repudio por los elementos tradicionalistas del país y de escan-

dalosa mofa por parte de las facciones comunistas. Y la voz de Unamuno se iba centrando, dejando oír su peso en el Congreso, en el periódico, en todas partes. Su barba blanca y sus hombros amplios en la Cuesta del Hipódromo, en la acera de Bellas Artes, Alcalá arriba y abajo. 1936, el recuerdo más limpio de él, el ya permanente y angustioso. Otra excursión a Salamanca, a primeros de julio de ese año. Don Miguel explicó una vez más, en el patio de la Universidad cómo estaban las pinturas de la antigua biblioteca, detrás de las bóvedas de la Capilla (¿qué le parecerían hoy, exhumadas, restauradas, visibles, admirables?). Dijo cómo se le ocurrió poner las esculturas de Bigarny por el claustro y contó el asunto de los tiros sobre unos estudiantes a principios de siglo, y la torpeza de unos escolares que, en una algarada, pretendieron quemar el mobiliario con no recuerdo que cuerpo no combustible, y su reunión con esos estudiantes, a los que citó no para refirlos o arengarlos, como ellos esperaban, sino para decirles que aquello no ardía, a ellos, científicos. Y, paseando ante la estatua de Fray Luis de León, don Miguel volvió a caer, como casi cada cinco minutos, sobre la política caótica de aquellos momentos. Se paró frente a la estatua, imitándola en el gesto de su brazo extendido. «Deberíamos los españoles—decía—inventarnos un saludo como el que hace Fray Luis noche y día. Ni así—extendía la mano en alto, a la manera fascista—, ni así—levantaba el puño cerrado, a la manera comunista—, sino así, como Fray Luis.» Y su mano, tensa, se quedaba extendida a la altura del pecho, hacia adelante, protectora, viva en el silencio del Patio de Escuelas, que ya derretiría, impasible, el oro de los muros. Salamanca, primeros de julio, días antes de que su saludo ocasional tuviera un refrendo de sangre y de locura.

Hoy, día a día, cruzándome con su busto de manos a la espalda, en la escalera de la Facultad, creo que fué una gran suerte ver a Unamuno de lejos, desde Madrid, y un poco tardíamente. Su personalidad gigantesca absorbía todo lo que le quedaba muy a mano, muchas veces por el simple rasgo juglaresco de toda su generación, y no hacía lo mejor que Unamuno hace siempre con sus libros y con sus dudas: compañía, desazonante compañía, prueba indudable de que en ese momento (y en otros) no se está solo. El espléndido Unamuno de Victorio Macho, arrogante, la cruz brotando bajo la malla del jersey, es el Unamuno combativo, ofi-

cial, en permante trance de lucha. El que yo vi tantas veces. Pero prefiero quedarme con el de mi último recuerdo, el Unamuno de un leve desfallecimiento ante la estatua de Fray Luis de León, el don Miguei que presentía, doliente, la segunda mitad del calendario 1936. Y quería impedirlo con un gesto de bronce académico, bien lleno de sentido. Ahora, al verle con los brazos a la espalda, irremediamente inmóvil, no puedo menos de pensar en aquella charla de sus gestos y adivinar su íntimo fracaso, que, como todo en su obra y en su anécdota es, también, oscuramente compartido.

ALONSO ZAMORA VICENTE.

Universidad de Salamanca.